





# LAS COSTURAS DE LA JUSTICIA



José Manuel Aspas

LAS COSTURAS DE LA JUSTICIA



Primera edición: mayo 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Manuel Aspás

ISBN: 978-84-19748-70-6

ISBN digital: 978-84-19748-71-3

Depósito legal: M-14913-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A María Jesús, mi mujer. Y a mis hijos, Laura y Alex.*

*A la memoria de mi joven amigo Julio Manuel Cano Guerrero,  
que me recordó la de vueltas que nos da nuestra propia vida.*





## Capítulo I

Aparcaron junto a varios vehículos policiales, en un descampado donde los matojos habían crecido a su libre albedrío, alcanzando un metro de altura. Se observaba la basura propia de un lugar visitado por jóvenes con ganas de pasárselo bien y buscando discreción. Restos de porquerías, botellas vacías desperdigadas y, en un rincón, un par de mugrientos sofás. El lugar, en sí, era la parte lateral de lo que hacía años fue una fábrica, ahora en ruinas. Sin duda la zona de carga, pues se apreciaban las dos rampas y los portones, actualmente dos persianas oxidadas, como dos ojos con enormes cataratas.

Les saludó un joven agente que permanecía atento, en previsión de que se acercaran periodistas o curiosos. Con sus ojos, sin pronunciar palabra, les señaló la entrada, un enorme butrón. Sorteando botellas de vidrio y plásticos, en otro tiempo testigos de risas, entraron. Entornaron los ojos al pasar de un luminoso día de sol a la serena penumbra del interior, donde, como custodios, unos ventanales que conservaban restos de cristales permitían que, de la luz exterior, se filtrasen tímidos rayos. Se trataba de un inmenso hangar desprovisto de paredes u objetos, únicamente varias columnas y polvo. En el centro, reunidos en un diseminado círculo, la comitiva esperada.

Caminaron hacia ellos, escasamente 15 metros. Los agentes de uniforme se apartaron al verlos llegar, sabían quiénes eran. El escenario se repite con la exactitud de sus pesadillas, la atmósfera irreal, irrespirable, los gritos desesperados que perduran en el silencio y el tiempo. Lo siente ella.

En el centro, inclinado sobre el cuerpo desnudo de una joven que yace de espaldas, Emilio, el forense.

—Señores, me están llenando el escenario con las huellas de sus zapatos, hagan el favor de retirarse, no quiero ver en el interior a nadie que no esté estudiando el escenario de forma técnica. Acordeonen la zona desde donde están aparcados los vehículos, miren a ver si existe otra entrada y que no se acerque ningún curioso, por favor —les ordena a los de uniforme—. Te has dado aire en llegar —le dice al hombre que permanece atento a la observación del cuerpo a 30 centímetros de él, a modo de saludo.

—Estaba cerca cuando escuché el aviso. ¿Qué tal, Consuelo?

—Bien. ¿Y tú?

—Cansado —responde con un tono de hastío. Dejando en el aire si el cansancio es físico o lo provoca la escena.

—¿Qué tenemos?

—De momento solo puedo decirte que la joven ha fallecido hace más de 12 horas y menos de 30, aseguraría que anoche. Pero yo lo sabes, hasta que no esté en el depósito y le realicemos la autopsia y las correspondientes pruebas...

—Vale, ya lo sé. ¿Qué más? —le apremia.

—Presenta moratones en rostro y brazos, diría que los primeros fueron producidos para anular su resistencia, tal vez puñetazos o golpes con algo contundente y los segundos, la presión de unas manos al trasladarla. No observo ningún tipo de herida a excepción de un pequeño corte en la frente, tal vez se lo produjo al caer. Estoy convencido de que la violó y luego la asesinó estrangulándola con la cuerda que rodea el cuello de la chica. Te diré mucho más mañana.

—Mañana es una eternidad, mejor esta tarde —ahora es el inspector quien le insta.

—De acuerdo. Pasaros sobre las ocho por mi despacho.

—Eso está mejor —le agradece Consuelo con una sonrisa.

—¿Y tu hijo?

—Creciendo y más majo que una romería —le suelta con una sonrisa.

Emilio también sonríe por primera vez.

Mario, como así se llama el inspector, de pie, observa el suelo y se fija en que, a tres metros, permanece amontonada la ropa que sin duda pertenece a la joven.

—Tenéis huellas nítidas de los zapatos entre el cuerpo y su ropa —les advierte el forense que se incorpora pesadamente.

—Las veo —responde él—. También hay un envoltorio de preservativo.

—Lo he visto. En la exploración, creo que solo la ha violado vaginalmente y, por ese envoltorio, una sola vez.

—¿Por qué está de espaldas? —insinúa Mario apuntando si la violación también ha podido ser anal.

—Solo veo, de momento, penetración vaginal.

—¿Le ha dado la vuelta únicamente con la intención de estrangularla?

—Eso creo.

—No quería verle la cara mientras la asesinaba.

—Probablemente.

—¿Hay signos de algún tipo de ligaduras en muñecas?

—No, ni en muñecas, ni en tobillos. Tampoco observo rastros de mordaza en la boca.

—Tanta gente pateando esto, lo han dejado hecho un asco —comenta Consuelo, que inspecciona el recorrido desde el butrón de entrada hasta donde se encuentra el cuerpo—. No observo indicios de que la metiera a rastras.

—Tampoco hay rastro de que ella se resistiera, ni cuando la atacó por primera vez, ni al violarla, ni al introducirla por el agujero de entrada —dictamina el forense—. No he observado ese tipo de heridas, además, sus uñas aparecen limpias y sin deterioros —afirma el forense—. Por supuesto, la autopsia nos lo dirá con exactitud —concluye.

—Lo que nos induce a pensar que, después de agredirla, la joven recorrió el trayecto inconsciente, y del vehículo al interior de la nave, también la trasladó en ese estado.

—Lo cual nos confirma que el agresor es un tipo grande y fuerte —alega ella.

—O que utilizó algún tipo de sedante para trasladarla con garantías de que no despertara —puntualiza Mario.

—En ese caso el análisis de tóxicos nos revelará qué utilizó —interviene el forense.

—Ha tenido que inyectarle algo. Es seguro que esa chica estuvo en todo momento inconsciente.

—Estoy de acuerdo contigo —responde Emilio.

—Mejor, así la pobre ha sufrido menos —estima Consuelo.

—Efectivamente, inspectora.

Ahora el que se inclina junto al cuerpo es el inspector. Observa el cadáver. Tumbada boca abajo, con los brazos extendidos y paralelos a su cuerpo, la cabeza ligeramente ladeada, el pelo muy corto, lo que permite ver parte de su perfil, se apreciaba cierto maquillaje, el moretón en su mejilla, sin duda producido por el golpe que anuló su resistencia, los ojos cerrados y la boca abierta. Es guapa o al menos lo era. Alrededor de su cuello, una cuerda de color azul oscuro.

—¿Qué te pasó, chica? Te topaste con un monstruo, ¿verdad? Tranquila, lo pillaremos —le promete poniéndole una mano sobre su hombro, sintiendo el frío que deja la muerte.

El forense permanece de pie. Por desgracia, no es la primera vez que se encuentra frente a un escenario idéntico a este, tanto con esta pareja de inspectores como con otros. Y Consuelo y Mario no dejan nunca de sorprenderle. Por lo pronto, carecen de esa aureola de sarcasmo casposo en su actitud, tan diferente a la de otros compañeros ante un cadáver, no es una crítica expresa al resto, comprende que se trata de una manera de evitar que la imagen socave tu cordura. Sí, así es, trabajar con la muerte, o con los restos que ella deja, ver, un día sí y otro también, un cuerpo que hace unas horas rebosaba vitalidad y, ahora, la muerte se ha llevado su parte y deja otra cosa diferente a lo que era. Oler el rastro de tufo que persiste tras el paso de quien porta la guadaña, que se adhiere a la

piel, a las ropas, junto con el olor de la sangre es, sin duda, una carga insoportable. En cambio, esta pareja de agentes, con su singular sensibilidad hacia la víctima y su destreza en analizar el escenario, que, por cierto, siempre le hace sentirse un mero espectador de una película de Sherlock Holmes, con sus perspicacias detectivescas al examinar la escena del crimen.

—La ropa está pulcramente doblada —afirma Consuelo, que se encuentra junto a ella tanteándola con manos expertas—. No hay rastro de su bolso y en las ropas no hay ni una simple lista de compra.

—Ya me he fijado —responde su compañero.

—Regresando al tema de cómo la narcotizó para poder trasladarla, quizá le pusieron algún tipo de droga en la bebida y al salir, los golpes bastaron para dejarla grogui durante unas horas. Al menos, es lo más común en estos tiempos —puntualiza el forense.

—Sí, eso sería lo normal. Se encuentran en una fiesta o discoteca, le metes algo en la bebida y cuando está mareada, amablemente te ofreces a acompañarla a tomar el aire y entonces aprovechas. Eso nos lo dirá cuando averigüemos dónde desapareció.

—No creo que sus huellas consten en penales, no tiene pinta de estar fichada. Veremos si el ADN nos revela algo y confiemos en que anoche alguien denunciase su desaparición —comenta ella.

—No es un asesino —afirma repentinamente Mario.

—Explícate —le pide su compañera.

—Claro, Consuelo. La mató, por lo tanto, es un asesino. Pero lo que en realidad es, lo que ha motivado la muerte de esta joven, es la violación. Buscamos entonces prioritariamente a un violador. Se tratará de un hombre de más de 40 años, blanco y fuerte, con amplios antecedentes por delitos sexuales en primera instancia y violación, por la que fue, al menos una vez, condenado a prisión. Ahí, en la trena, fue donde aprendió que era mejor no dejar testigos. Ese es el verdadero motivo de haberla matado. Este tío ha salido de prisión hace como mucho dos años y ha cumplido una pena no inferior a cinco años por ese delito.

—¿Por qué dos años? —inquire Emilio, que permanece como espectador del análisis de los agentes.

—Según las estadísticas, es el máximo de tiempo, en que un depredador de estos delitos ha conseguido soportar la tentación, de no repetir lo que su cuerpo y su instinto le piden.

—Y, ya puestos a aclarar detalles, ¿por qué mínimo cinco años?

—Poseía antecedentes, es probable que primero por exhibicionismo, tocamientos y abusos menores, cuando dio el salto a una violación, se le acumularían otros delitos y es muy difícil que te caiga menos. Luego está lo que me comentó un preso común hace tiempo: «En la prisión, los que más sufren son los violadores, sobre todo de menores, esos lo pasan realmente mal, pero lo habitual en todos ellos es que sufran los castigos de los otros presos, o se derrumban y son muertos vivientes, o se convierten en silenciosos y crueles asesinos».

—Tiene sentido —responde Emilio asintiendo con la cabeza.

—Por cómo ha dejado doblada la ropa de la víctima, yo diría que es un hombre pulcro, minucioso, no es una persona visceral e impulsiva. Os apuesto una comida a que está soltero y vive con la madre —les propone Consu con una sonrisa.

—Le ha costado matar a la chica. Si únicamente la violó vaginalmente, ¿por qué darle la vuelta para estrangularla? —detalla Mario—. No pudo mirarla a la cara mientras la asfixiaba —repite.

—Lo cual confirmaría tu hipótesis, su objetivo no era matarla, sino violarla y su muerte únicamente se debió a un acto de protección —concluye su compañera.

En ese momento accede el equipo forense, compuesto por tres miembros. Le acompaña un agente que fue el primero en aproximarse.

—No hay ninguna otra entrada a la nave. Las puertas principales están tapiadas, y las persianas de la zona de carga hace años que no se levantan. Hemos revisado el perímetro y no hemos localizado ningún otro butrón.

—¿Quién la ha encontrado?

—Dos chavales que han hecho novillos en el instituto. Han declarado que no llegaron a entrar, vieron el cuerpo desde la entrada, salieron y nos llamaron.

—Si no llegaron a entrar, difícilmente pudieron salir. Probablemente llegaron hasta el cuerpo, le hicieron fotos, y salieron. Es imposible, en esta generación, abstenerse de utilizar el puto móvil. ¿Dónde están? —al llegar no los había visto.

—En la parte delantera de la nave. Con un compañero.

—Que no se marchen, quiero hablar con ellos.

—Lo suponíamos.

—Gracias, agente.

Tras los saludos con el equipo técnico, el forense y los inspectores se alejaron y estos se hicieron cargo del escenario.

No necesitaron ni un minuto. Los dos chicos se acercaron al cuerpo y efectivamente le hicieron fotos, luego, juraron que salieron precipitadamente y llamaron al 091. Por suerte, no les dio tiempo de compartir las imágenes que Mario y Consuelo borraron inmediatamente.

\*\*\*

Al final de la tarde Emilio terminó la autopsia del cuerpo de la joven encontrada por la mañana. Al salir le esperan los inspectores acompañados por una chica de unos 30 años, vienen a identificar el cadáver. Con ojos llorosos y semblante afligido, se aferra al bolso con ambas manos, como si este pudiese protegerla o temiese que se lo robasen, rezando en voz baja con la esperanza de que el cuerpo que está a punto de ver no sea el de su hermana. Los padres, según les ha dicho, están de vacaciones realizando un crucero. El forense, tras las presentaciones, les pide que esperen unos minutos.

Entra a la sala de autopsia, la cubre con una sábana. Sabe que la imagen, como el olor inherente a la sala, será algo que la joven tardará en olvidar. Quiere entonces mitigar el impacto visual, que no vea un cuerpo desnudo, con las incisiones propias de una autopsia,

frío, inerte sobre una mesa de aluminio. Luego permite el acceso de los tres. No son necesarias las palabras, en cuanto la joven ve el rostro, prorrumpe en un llanto desconsolado.

Se mantienen en un sepulcral silencio, permitiendo que la joven desahogue su angustia, por fin, temblado ostensiblemente.

—Es mi hermana —afirma con total rotundidad.

—Tendrá que acompañarnos a Jefatura. Es imprescindible que tengamos una serie de datos lo antes posible, comprendemos cómo se encuentra y mañana podremos hablar con más tranquilidad, pero esos datos realmente son importantes.

—Claro. Necesito avisar a mis padres lo antes posible.

—Por supuesto.

La joven ha venido al Anatómico Forense en taxi, por lo tanto, a Jefatura va en el coche que conduce Consuelo. Mario se queda, uno de los dos tiene que hablar con el forense y acuerdan que la chica estará más tranquila durante la declaración, con una mujer.

—Dime cosas —insta al forense una vez se quedaron solos.

—Vamos a ver, lo primero que he estudiado detenidamente, es lo que hemos hablado esta mañana y, por supuesto, a la espera de los resultados de los diferentes análisis y, sobre todo, de tóxicos, puedo ser bastante concluyente. Veamos, ¿ves esas piquitas azuladas en la región que bordea boca y nariz? —y se las muestra con la ayuda de una lupa.

—Sí.

—Petequias, pequeñas hemorragias capilares internas producidas por la aplicación de presión excesiva sobre la zona. Y aquí, en los pómulos, varios hematomas algo más pronunciados con una forma redondeada.

—Los veo —también utiliza la lupa, aunque en este caso no es tan necesario.

—El asesino probablemente utilizase cloroformo aplicándose-lo de la forma habitual a la que vemos en cientos de películas. Las petequias en esa zona se las produjo cuando presionó sobre su rostro la gasa o el tejido que utilizase impregnado en cloroformo.



Los hematomas redondeados en pómulos principalmente, he probado con mi ayudante y coinciden con la presión originada por las yemas de los dedos de la mano que, con la gasa, la estaban anestesiando. Ahora viene lo mejor, esos hematomas producidos por las yemas no son tan evidentes porque alguno de los dedos con los que hacía presión, presionaban, valga la redundancia, tejido dañado con anterioridad. Lo cual nos lleva a deducir que primero la golpeó, esos tres puñetazos tan evidentes en pómulos y maxilar. Después, aturdida, le aplicó el cloroformo.

—De acuerdo, Emilio.

—La violó vaginalmente, no hay rastro de semen, ni muestras de ADN, lo siento, fue bastante meticoloso. Esperemos que el resto del equipo encuentre muestras en la ropa.

—Me da a mí que, además de meticoloso, es también muy escrupuloso. Se lo tomó con tranquilidad, la desvistió y plegó su ropa con mimo, no es un hombre impulsivo, todo lo contrario. Me temo que tampoco encontraremos huellas.

—Murió por estrangulamiento, era evidente.

—Sí, lo era.

—¿No hay rastros de ninguna otra agresión?

—No. Es evidente que, tras narcotizarla, la joven permaneció inconsciente hasta su muerte. Su agresor se limitó a violarla y, tras estrangularla, se fue.

Al regresar a Jefatura, la joven ya ha prestado declaración y se ha marchado. Consuelo permanece en su mesa, masajeándose las sienes.

—¿Cansada? —le pregunta sentándose frente a ella.

—Cansada es poco. Estoy agotada, cabreada, frustrada y con ganas de matar a alguien.

Él la mira, en su rostro se reflejan todas y cada una de las sensaciones y emociones. El agotamiento es normal, llevan todo el día trabajando, el resto, es por acumulación. Lo entiende, claro que lo entiende. Este trabajo, y lo que soportas psicológicamente, no está pagado, piensa.

—Además, ya sabes lo que estos casos me afectan. ¡Me cago en la hostia! No soporto a los putos violadores y, si al mismo tiempo, hieren o matan a la víctima, ya me han jodido la puta semana.

—Lo cogemos y lo meteremos una larga temporada en la trena, a ver si le dan por culo hasta que se muera.

—La víctima se llamaba Alba Hurtado Galán, 20 años, vive con sus padres y su hermana, la chica que acaba de irse. Estudiante de arte dramático e historia. Los padres están de viaje y la hermana no se percató de la ausencia de Alba hasta esta mañana cuando fue a despertarla. Habló con ella sobre las 10:30 de anoche, Alba le dijo que no la esperase para cenar, iba a llegar tarde a casa. Estaba ensayando una obra de teatro que iban a representar el mes que viene.

—¿Sabemos dónde era ese ensayo?

—La hermana me ha dicho que nunca ha estado en ese local, solo sabe que ensayan en una nave de Alfafar. Alba tiene coche, un polo azul marino, por lo tanto, total independencia para ir y venir. Después de esa conversación, ya no sabe más. He solicitado una circular para la localización del coche, con prioridad y que hablen con la Policía Local de Alfafar.

—¿Cómo has quedado con ella?

—Me ha dado el número de teléfono de uno de los amigos de Alba que estaba anoche ensayando con ella. Acabo de hablar con él, tras el shock al enterarse de lo ocurrido, me ha prometido que mañana a las 12 estará aquí con el resto de las personas que se encontraban en el local. Son cinco. También me ha dado la dirección del local, la llave la tiene el dueño del restaurante que se encuentra al lado, por si queremos entrar. Deberíamos ir lo antes posible, pero yo estoy agotada.

—¿Te ha dicho la hora a la que terminaron?

—Se marcharon sobre la una.

—Yo también estoy en las últimas. Iremos mañana —le resume la información transmitida por el forense y se despiden.

\*\*\*

El sonido del móvil lo saca de un bendito sueño del que despierta sin aspavientos, está relativamente acostumbrado a que lo despierten a deshoras es algo que va con el sueldo, podía haber sido celador y hubiera tenido un horario fijo y decente. Son las 5:52.

—Sí.

—¿Inspector Cano?

—Sí.

—Siento despertarle.

—No pasa nada. ¿Qué ocurre?

—La Policía Local de Alfajar nos acaba de informar que han localizado el vehículo para el que solicitaron anoche su búsqueda. Un Polo azul marino, matrícula HMR 5812.

—Vuelva a llamarles, que le den la dirección y que lo mantengan en custodia, en media hora estoy ahí.

—De acuerdo, inspector. ¿Quiere que llame a la inspectora Romero?

—No es necesario, yo mismo la llamaré dentro de un rato.

Amanece cuando se persona en la dirección indicada. Un vehículo de la Policía Local de Alfajar y otro de la Guardia Civil lo esperaban estacionados en una pequeña explanada a unos metros de un solitario Polo azul de dos puertas. Los cuatro agentes se encuentran en la entrada del descampado y en ese momento impiden que otro coche aparque en dicho lugar. Estupendo, mientras más despejado el lugar, mejor se trabajará.

Tras los saludos con los compañeros, les explica el motivo de la búsqueda del coche. Todos comprenden entonces la gravedad del caso. Un agente de la Local le informa que fueron los primeros en localizarlo, únicamente dieron un vistazo al interior con las linternas y al comprobar las puertas, descubrieron que se encontraban sin cerrar con llave, luego volvieron a cerrar la puerta y llamaron a su central. Nadie más se ha acercado al coche y el que abrió la puerta llevaba guantes. También le comunica que, en el interior, hay un bolso a los pies del conductor. Y rápidamente, advierte que no lo ha tocado.

—Gracias. ¿Esta dirección está muy lejos de este lugar? —les pregunta enseñándoles el papel donde consta la dirección del local donde ensayan.

—No —responde rápidamente el joven que viste el uniforme de la Policía de Alfajar—. Aquella calle —y señala una que se encuentra a unos 30 metros de donde se hallan ellos—. Nada más doblar, a unos 20 metros hay una cafetería y después el bajo al que hace referencia. Todo es propiedad del dueño de la cafetería que vive justo arriba.

—Es el local donde ensayan unos jóvenes, ¿verdad?

—Sí. Una de las chicas es familia del propietario y este se lo ha cedido para que ensayen. Teatro, tengo entendido.

—La joven asesinada salió de ese local sobre la una y, por lo que parece, no se fue con su coche.

—¿Quiere que avise al equipo forense? —le pregunta el Guardia Civil.

—Sí. Deme, por favor, unos minutos.

—Claro, lo que necesite. Yo voy llamando.

Se pone unos guantes de látex, alrededor del coche no parece haber nada relevante, abre la puerta del conductor, el canto superior de la puerta presentaba una mancha oscura, la herida que presentaba la joven en la frente, deduce. Fue atacada aquí. La revelación le permite imaginar la escena, recrear lo sucedido. El bolso a los pies del asiento del conductor no fue necesario moverlo para ver las llaves del coche, también en el suelo, junto a él. A la una el descampado estaría a oscuras, únicamente iluminado por una farola que se veía en la calle, pero algo alejada. Caminó hasta su coche, con las llaves en la mano, abrió la puerta y cuando metía el bolso, lo sentiría cerca, como un depredador silencioso y cuando se giró, los puñetazos, el bolso y las llaves en la mano izquierda, prácticamente dentro del vehículo, su cuerpo afuera. El impacto del primer puñetazo hace que bolso y llaves caigan dentro. El golpe que le propinó con su puño derecho hace que la frente de la chica se golpee con el canto de la puerta. Y el lobo, ya tiene a su presa.

Él debería tener el vehículo aparcado en el mismo descampado, si no asustó a la joven, fue porque no estaría cerca del suyo, a lo mejor era de color oscuro y ni siquiera lo vio. A su violador y asesino, ni siquiera llegaría a verle la cara, no obstante, la mató, ya lo tenía decidido, a pesar de no ser necesario. Vestiría de oscuro, apostado y oculto cerca del coche de la joven.

Se siente un poco aturdido, es un profesional, se dice. Pero el efecto de imaginar lo ocurrido, en el mismo lugar que sucedieron los hechos, le hace sentir emociones. En estas situaciones es difícil ponerse en el lugar de la víctima, tras una violación, la frase de «te comprendo» es una falacia estúpida. Respira profundamente. Ha visto la cara de la joven muerta, ahora, recreando la sucesión de lo que seguramente ocurrió, el rostro está lleno de vida, y el terror que debió sentir la chica, en él, en este momento, se refleja en forma de desasosiego. Es un reflejo empático que no puede evitar

Abre el bolso, comprueba que la cartera está dentro y el nombre del DNI concuerda con el de la víctima. También está su móvil. Vuelve a dejarlo en el mismo lugar y cierra la puerta. Cuando se gira, el mayor de los dos guardias civiles, un hombre que rondaría los 60, lo observaba con atención.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí claro.

—¡Qué cojones se va a encontrar bien! —le espeta, sin consideración alguna, como si fuese un insulto—. Nosotros somos como los escritores, inspector. Tenemos la imaginación para recrear situaciones dantescas, para deducir qué ha podido ocurrir. La diferencia con ellos es que nosotros, sí hemos visto el cadáver y sentido los olores putrefactos de la muerte. Y eso amigo mío, es malo para nuestra imaginación.

—Y para nuestra cordura —puntualiza Mario.

—Así es.

Lo mira, el muy cabrón del viejo sabe de lo que habla.

—La forense está de camino, también una grúa para llevarnos

el coche. ¿Qué le parece si dejamos a esos jóvenes custodiando el vehículo y yo le invito a un carajillo?

—Me parece cojonudo.

Dan instrucciones de que nadie se acerque y se alejan en dirección a la cafetería, que ya ha abierto. Entonces llama a Consuelo. Ella le recrimina que no la hubiese llamado antes, pero los dos saben que la habría puesto en un compromiso, hasta las ocho de la mañana no llega la persona que se encarga de su hijo y lo lleva a la escuela. El chico tiene 12 años y síndrome de Down. Él conoce muy bien el esfuerzo de su compañera.

\*\*\*

A las siete de la tarde terminan con los informes de los testimonios de los cinco compañeros de ensayo, dos chicos y tres chicas. La cosa está clara. Todos, a excepción de una de las jóvenes que vive en el mismo Alfafar y se alejó caminando en dirección contraria a Alba, tenían los coches aparcados en la misma calle que el local. Se despidieron en la puerta, la joven que vive en Alfafar se ofreció a acompañarla, pero Alba le dijo que no era necesario, el pueblo es muy tranquilo. Es la que más llora al realizar sus declaraciones.

Todos declaran que no observaron en Alba nada que pudiese indicar que estaba nerviosa o afectada por algún problema, ni tampoco que esperase encontrarse con alguien conocido, a todos comentó que se le había hecho un poco tarde porque mañana tenía que madrugar.

No se encuentra nada reseñable, ni en el lugar del abordamiento, ni el coche. Se confirma la primera impresión de él, la mancha en el borde de la puerta del piloto es de Alba y, por la altura de ella, coincide con su deducción inicial.

Ambos detectives coincidieron en que el asesino la esperaba, por lo tanto, es probable que supiese que la chica estaba ensayando y que cuando terminase, regresaría a por su coche. Sin duda, la

había estado vigilando con anterioridad. Los testimonios recogidos a los vecinos de la zona por si han observado algún vehículo aparcado en ese descampado, o han visto a alguna persona que no conociesen fueron descorazonadores, nadie se ha fijado y ningún testigo puede aportar dato alguno que les pueda interesar.

Unos minutos antes de terminar, les traen desde el Registro Central de Delincuentes Sexuales cinco expedientes que ahora se encuentran sobre la mesa de Consuelo.

—Tenemos cinco candidatos que reúnen el perfil que hemos solicitado, Mario.

—A ver.

—De eso nada, empezamos mañana, que el día ha sido muy largo.

—Lo sé, compañera. Tú vete, no te preocupes, les doy un vistazo y me marcho.

A la mañana siguiente Consuelo llega un poco antes de lo habitual, aún no ha pasado la mujer de la limpieza y en la papelera de su compañero se amontonaban cuatro vasos de café de la máquina que se encuentra en el pasillo, también el envoltorio de un sándwich de la misma procedencia. Cuando se fue, esos restos de supervivencia profesional no se encontraban, es evidente que su compañero no siguió su consejo. Al momento aparece Mario.

—Anoche parece que se alargó el turno de trabajo.

—Pues sí, querida. Sin darme cuenta se me hicieron las tantas.

—Al menos ¿valió la pena?

—De los cinco pájaros —dice señalando los cinco expedientes—. Descarté a dos, uno está en este momento en prisión, otro, lo confirmé a través de los compañeros, se encuentra en Algeciras trabajando de camarero y la noche en cuestión, lo estaba. Me hicieron el favor y pasaron por su trabajo. Quedan estos tres —y levanta los expedientes señalados.

—Pues vamos al lío.

Se centran en el primero, un tal Enrique Ortiz, con antecedentes por exhibicionismo e intento de violación cuando aún tenía 21

años, pasó a mayores con 25 y cumplió una condena de tres años. Por los mismos motivos, más agresión e intimidación con arma blanca, volvió a ser condenado a diez, de los cuales cumplió seis y hace un año y medio que se encuentra en libertad. A las cinco de la tarde lo tienen en la sala de interrogatorios. Tras dos horas con él, manifiesta haber estado en una cena con unos amigos, una cena que se alargó, en el mismo local, hasta las dos. Les da el nombre del local y de las personas con las que estuvo. Lo dejan en libertad y los compañeros del turno de noche, con la foto del sospechoso, se personaron en dicha cafetería y los dueños confirmaron su declaración, inclusive poseían cámaras de vigilancia en el *parking*, y en las grabaciones se veía al sospechoso abandonar el local, en compañía de dos personas, a la 1:50.

Al día siguiente, a las 11, los agentes de uniforme traen al siguiente sospechoso. Ramón Prado tiene 49 años, idénticos antecedentes que Enrique Ortiz, hace un año y nueve meses que ha salido de prisión después de una condena de 12 años, de los cuales ha cumplido ocho. Uno sesenta y cinco de estatura, moreno, de mirada huidiza, tez cetrina y labios tan finos que costaba verlos. Los espera inquieto, intentando aparentar indignación.

Alega haber estado en casa esa noche, de testigo su madre, con la cual vive y un dato curioso, no les constaba que tuviese carné de conducir. Cuando se lo preguntan, dice que no tiene, ni sabía conducir. No pueden sacarle mucho más. Reitera estar en el paro con insistencia, como si esa situación le absolviera. También repite que esa noche no salió de casa.

—Pregunten a mi madre, si no se fían —les desafía al final.

Claro que preguntarán a su madre, pero como testigo, deja mucho que desear. Al final lo dejan marchar.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunta Mario.

—Un hijo de puta como un camión de grande. La madre corroborará su coartada, lo ha dicho con convicción, el problema es que no es la primera vez que una madre miente en una declaración.



—La verdad es que no es el mejor testigo que uno puede tener. Preguntaremos a ver si algún vecino lo vio. ¿Vamos mañana?

—Sí.

Se van a comer, por la tarde, a las cinco, su tercer sospechoso, a este se le ha llamado por teléfono y no pone ningún problema en pasar por Jefatura.

El último es puntual, es un hombre de 39 años, menudo, gordito y cara redondeada, con ojos saltones y mirada bonachona, de ademanes inquietos, hablando tanto con palabras, como con gestos. Si no les puso ningún inconveniente en pasar por dependencias policiales cuando le citaron por teléfono, ahora, cuando los inspectores le dicen que los acompañe a una sala para hacerle unas preguntas, camina con ellos como si se conociesen y la reunión fuese para tratar de elegir el lugar donde pasar unas vacaciones y, por supuesto, José Luis Pinet, como así se llama el individuo, fuese el representante de la agencia de viajes que viene a proponerles y ofrecerles unos idílicos destinos.

—Somos los inspectores Cano y Romero.

—Encantado.

—¿Le importa que gravemos la conversación?

—En absoluto. ¿Qué quieren saber? —les pregunta con absoluta naturalidad, con afán colaborador.

—¿Dónde se encontraba el lunes por la noche entre las 12 y las dos?

—¿Este lunes pasado?

—Sí.

—En mi casa. Trabajo, como ya sabrán ustedes, en un supermercado, soy reponedor y cajero. El lunes terminé sobre las nueve, me dirigí a casa directamente, llegué más o menos a las 9:40, me preparé la cena, cené, leí un rato y sobre las 12 me dormí.

—¿Tiene usted coche?

—Claro, con muchos años, pero chuta fenomenal.

—¿Vive solo?

—Sí, señor. Vivía con mis padres, pero ambos fallecieron hace unos años, con una diferencia de dos meses. Imagino que después de toda una vida juntos, la muerte de uno es la consecuencia directa de la muerte del segundo, algo terrible.

—¿Y usted heredó la casa?

—Así es, soy hijo único. En el momento de su fallecimiento, yo me encontraba en la cárcel, el tema del papeleo, lo resolví al salir —las respuestas distendidas, con naturalidad, manteniendo empatía con el trabajo de los inspectores, algo inaudito, en cambio, no aprecian signos de ser un comportamiento fingido.

—Sabes por qué estás aquí, ¿verdad?

—Claro. Por mis despreciables antecedentes. Pero yo no le hice nada a la joven que violaron y asesinaron la otra noche. Yo ya no soy esa persona que ustedes creen, con razón, por cierto. Pagué mi deuda con cárcel, por lo que hice y por lo que era, pero ahora ya no soy esa persona. Cuando salí, me propuse iniciar una nueva vida, buscar trabajo y reprimir todo impulso que causara daño a otra persona.

—Las personas como tú, difícilmente cambian —le espeta Consuelo sin miramientos.

—Lo sé, inspectora. Difícilmente cambian, pero no es imposible —responde con determinación.

—¿Tienes alguna persona que pueda confirmar tu coartada?

—No, inspector.

Durante media hora continúan hablando con él, en ningún momento se ofende por la insistencia y la reiteración de sus preguntas, se mantiene firme en su declaración y resignado, sabiendo que puede estar bajo vigilancia unos días. Hasta se ofrece a que, con su permiso, registren su casa. Una vez se marcha.

—¿Qué te ha parecido?

—Un psicópata, Mario. Un buen actor y cínico. Una serpiente de cascabel, pero con un sonido embaucador.

—Vale Consu, tengo claro que no te fías de él ni un pelo. Pero suscribiéndonos al asunto que nos atañe.

—Tiene todas las papeletas y cumple el perfil para ser un sospechoso diez.

—Sí, pero los que no tienen ni una puta prueba, somos nosotros. Veamos si los teléfonos de los sospechosos los sitúan donde dicen haber estado. También podemos visionar cámaras de tráfico en los alrededores de su vivienda, a ver si, con un poco de suerte, podemos acotar la zona y ver la hora en que llegó y si se movió.

Mientras Mario transcribe las declaraciones y realiza los informes, Consuelo realiza las peticiones. Una hora después.

—La triangulación de los teléfonos de Ramón Prado y el pájaro que acaba de irse las traerán en una hora. Del primer sospechoso, han vuelto a comprobar su coartada y queda descartado. Lo de las cámaras podemos empezar mañana.

—Vale, también iremos a hablar con la madre de Ramón Prado, a ver qué nos cuenta. He visto los informes de la investigación que se ha llevado sobre el círculo de conocidos de Alba Hurtado, dictaminan que no observan ningún posible sospechoso. Y los forenses no han encontrado nada reseñable en el teléfono de la chica. No hay ningún WhatsApp raro, ni nada parecido.

—No, esto no tiene pinta de ser lo habitual, Mario. En el 99 por ciento de los homicidios que nos encontramos, el culpable es del círculo de la víctima, a excepción de peleas y esas cosas. Pero este crimen, amigo, esto huele a cosa diferente.

—Te invito a una cerveza, hoy es pronto.

Ella lo mira y le guiña el ojo al mismo tiempo que le susurra.

—Vale, pero me vas a proponer alguna otra cosa.

—Tu hijo te espera pronto en casa, o sea, el tiempo solo dará para un par de cervezas y te dejo en casa.

—¿Y si nos saltamos las cervezas?

—Tan apurada estás, cariño.

—Llevo un par de años que solo he visto a un hombre desnudo por televisión.

—Eso es duro, muy duro, Consuelo.

—No lo sabes tú bien. Vamos, que nos informen del resultado de la triangulación por teléfono y mañana será otro día.